



Sin Retorno

Para Juana Xadira Ramírez la poeta de los Volcanes.

Alan Isaac Morales Trejo*

Me he convertido en otro pedazo de papel para los de blanco. Moños, adornos incoherentes de mi martirio, para variar todo mundo los presume, hay de todos los colores: amarillos, verdes, negros y rojos. ¡Qué demonios es 31 de octubre! Y la noche de terror comenzó, me molesta, me asusta, me siento indefenso como un bebé sin su madre. Y es que de haberla escuchado quizá no me hubiera convertido en un seropo... No es culpa suya, y no sé si mía.

Malditos todos salen y yo no puedo, y no puedo, y no puedo. Los veo y vomito, poco a poco la destrucción se inaugura dentro de mí.

Respiro lentamente, sin bajar la guardia, aún le temo, pero sigue aquí. Sé que sigue aquí. Eso, exquisitamente se almacenó en Halloween.

Ahora de 8:00 a 9:00 pm lo necesito, se necesita, me lo tomo, ya es un mal necesario.

El dolor es tan fuerte que recordé:

— ¿Señora, usted sabe que su hijo es...?

—Sí. Toda la familia.

— ¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho.

—Bueno, su hijo fue...

— ¿Fue qué?

— ¡Dígalo, por favor!

— ¡Considerando los resultados y la gravedad del caso, usted debe regresar!

—...

—Aún no tenemos los resultados correspondientes.

—No puede ser. Le dije que no se fuera.

—No se preocupe señora, esperemos que no sea el caso.

* **Estudiante de Licenciatura en Letras Latinoamericanas en el Centro Universitario Amecameca, Universidad Autónoma del Estado de México.**

Entre sueños escuché lo que dijo el médico, mis oídos eran mis ojos.

Mi cuerpo deambulaba entre miserias y restos de látex; terminé en un llano totalmente inconsciente con las manos amarradas sin trapos que pudiera cubrir el pudor de mi decencia.

Mientras ellos escrutaban mi cuerpo recordé a mi madre y sus delicados dramas.

— ¡Hijo no vayas!

— ¡Deja de molestar anciana, los jóvenes necesitamos diversión, no entiendes!

Llegué, no escuché, desmadré, muy silencioso todo. Toqué la puerta.

— Contraseña.

— Las mil y un vergas para mí.

— ¿Dulce o verga?

— Dulce

Me lo tragué completo.

— Bienvenido, tu alias será Narollo. ¿Seguro qué quieres jugar?

— Sí.

— Muy bien, pasa al siguiente cuarto, observa las señales.

¿Vienes solo?

— Sí, vengo solo.

Una cosa más, debes de apagar tu móvil y dejarlo aquí. Al final del recorrido se te entregará.

— Claro. Aquí tiene.

— Recuerda, después de cruzar el abismo... ¡Ya no hay retorno!

— ...

Recorrí un pasillo oscuro con señales fosforescentes; aquellas destinaban a un subterráneo. Bajé ligeramente, adentro encontré profilácticos consumidos. Topé con una puerta, abrí. Dentro había solo un parpadeante foco suspendido, cuatro paredes y mil demonios reproduciéndose a sí mismos. Amplié mi vista y visualicé un cuerpo de macho cabrío meneando su falo. Me excitó tanto que no pude resistir, le hable al oído.

— ¿Cuál es tu disfraz?

— Muy simple, un ángel caído.

Atrás de él había un mensaje escrito.

Dentro de tu cuerpo me alojaré si no sales de aquí.

*Ten cuidado porque estaré siempre allí,
uno de los demonios lo esparcirá,*

Dentro había solo un parpadeante foco suspendido, cuatro paredes y mil demonios reproduciéndose a sí mismos. Amplié mi vista y visualicé un cuerpo de macho cabrío meneando su falo.

*no sabemos quién será.
Son tres letras nada más.
Ahora otros versos inundan mi mente.
Sodoma y Gomorra deleitaban mis pupilas.
Observé por todos lados y me encanté,
su disfraz de macho cabrío me excitó;
yo simplemente era Luzbel.
Me acerqué al nuevo Lucifer.
Sentí un pequeño dolor y me desmayé.
Ahora mi cuerpo está crucificado,
y tres letras me tienen estigmatizado.*